

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Hacia la restauración de la grande argentina". la prensa católica frente a la guerra de Malvinas.

Saborido, Jorge.

Cita:

Saborido, Jorge (2005). *Hacia la restauración de la grande argentina". la prensa católica frente a la guerra de Malvinas. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/626>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/e80H/50H>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

X JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Título de la ponencia: “Hacia la Restauración de la Grande Argentina”: la prensa católica y la Guerra de Malvinas.

Mesa N°65: Autoritarismo, integrista y antisemitismo en la cultura política argentina: procesos, ideologías y prácticas”.

Autor Jorge SABORIDO

Universidad de Buenos Aires-Universidad Nacional de La Pampa.

Dirección: Avenida Maipú 2750. 3°C. Olivos (1636). Buenos Aires.

jrsaborido@arnet.com.ar

“HACIA LA RESTAURACIÓN DE LA GRANDE ARGENTINA”: LA PRENSA CATÓLICA Y LA GUERRA DE MALVINAS

El presente trabajo propone una revisión del conflicto del Atlántico sur desde una mirada no abordada hasta el presente: una selección de los medios de prensa de orientación católica. El interés de la cuestión para ellos estaba fuera de discusión: ¿cómo podían reaccionar publicaciones que, incluso en su diversidad, sostenían posiciones en las que el nacionalismo ocupaba un lugar destacado, frente a un acontecimiento de las dimensiones de la recuperación de las islas Malvinas, un tema que, como bien se ha afirmado, constituía uno de los elementos fundamentales del “nacionalismo de los argentinos” por lo menos desde la década de 1930? A la vez, esas reacciones estaban condicionadas por la coyuntura del momento, caracterizada por una dictadura que encontraba cada vez más dificultades en todos los terrenos. Por lo tanto, creo que el estudio del discurso de órganos representativos de la prensa católica puede contribuir a ampliar nuestro conocimiento de un período particularmente dramático de nuestra historia reciente.

Para la realización de la investigación se han seleccionado los siguientes medios: “Cabildo” y “Criterio”. Las razones de esta elección se han expuesto en otro lugar y con referencia a un proyecto más amplio, pero en pocas palabras puede sostenerse que representaban lo que en ese momento constituían dos de las principales corrientes del pensamiento católico, aunque algunas de estas expresiones, como ciertamente “Cabildo” –el órgano de prensa más caracterizado

del llamado “nacionalismo católico”- se situaban en ciertos aspectos en los márgenes de ese espectro.

La hipótesis que orienta esta pesquisa es que luego de una hasta cierto punto forzada unanimidad en el apoyo a la operación del 2 de abril, las posturas de estos medios frente al conflicto expresaron, a partir de una idea común como la justicia de los reclamos, las crecientes divergencias que ya habían empezado a manifestarse respecto del accionar de los militares, y por extensión del futuro institucional del país.

1) La coyuntura política de principios de 1982.

La dictadura militar instaurada en el país en marzo de 1976 no pasaba por sus mejores horas en los meses iniciales de 1982. El corto gobierno de Roberto Viola había sido un rotundo fracaso en todos los terrenos, obligando a su remoción por parte de las mismas fuerzas armadas en diciembre de 1981, en un escenario en el que el intento aperturista iniciado por el segundo presidente del Proceso no alcanzó a ganar apoyos de importancia ni dentro de la clase política ni entre la ciudadanía, por lo que su destitución no produjo mucho más que indiferencia, aunque existía cierto desasosiego entre los partidos políticos ante una situación en la que no dejaban de ser espectadores.

De cualquier manera, el ascenso a la primera magistratura de Leopoldo Fortunato Galtieri no generaba demasiadas expectativas: por una parte, la designación de Roberto Alemann al frente del ministerio de Economía mostraba la inequívoca intención de retornar, incluso con mayor vigor, al rumbo liberal, abandonado tras la salida de Martínez de Hoz. Pero además, las intenciones del nuevo presidente, reforzado en su poder por el manejo de los ascensos y las bajas dentro del ejército, apuntaban hacia un proyecto en el que la salida política iba a estar controlada por las Fuerzas Armadas a través de lo que se dio en llamar en ese momento “la cría del Proceso”, un conjunto de apoyos civiles que, respaldados por los militares, iban a permitir un control de la salida política por parte de los uniformados.

Para muchos analistas, con Galtieri se había producido, siquiera

parcialmente, el retorno de los “duros”: quedaban atrás las intenciones aperturistas que de manera titubeante se habían desplegado en el terreno político durante el gobierno de Viola y emergía lo que algunos han denominado un “proyecto refundacional”: un vuelco hacia posturas liberales extremas en la economía que, con su éxito, iba a apuntalar la continuidad de un plan político que aseguraba la presencia militar en una democracia tutelada.

Sin embargo, habían pasado muchas cosas desde 1976 y la situación de los uniformados era difícil: sus éxitos eran escasos –por citar sólo un dato, en el trimestre las cifras de la inflación treparon hasta el 25% e incluso la bandera del “triumfo” contra la subversión aparecía irremediablemente ensuciada por el conocimiento cada vez amplio de las operaciones de “terrorismo de Estado” que habían jalonado la actividad del Proceso de Reorganización Nacional en los primeros años.

En esta coyuntura, una operación en las islas Malvinas aparecía como una posibilidad de obtener un apoyo popular importante que les permitiría ganar impulso y reconducir el proceso político a la medida de sus expectativas. La cuestión tenía una trascendencia enorme para la sociedad civil; insistiendo en lo ya dicho, el tema constituía uno de los componentes fundamentales del nacionalismo territorial argentino: prácticamente todos los ciudadanos estaban convencidos de que las islas Malvinas habían sido usurpadas por los ingleses en 1833 y su recuperación era un acto de estricta justicia. Mucho menos clara aparecía la respuesta a una eventual pregunta respecto de concretar la recuperación por medio de una guerra.

3) La prensa católica y los hechos del 2 de abril

La ocupación de las islas del Atlántico sur el 2 de abril de 1982 generó una euforia desmedida en los medios de prensa; los tópicos nacionalistas y la “demonización” del Imperio Británico emergieron con variados registros, contribuyendo a potenciar un clima de exaltación patriótica que los militares interpretaron como un amplio aval a su accionar.

Los medios de prensa católicos también participaron de ese entusiasmo,

aunque desde un principio quedaron claras las diferencias.

Cabildo, la principal expresión del nacionalismo católico, había incrementado sus críticas al gobierno militar durante el corto mandato de Viola, acompañándolas de un accionar político que se plasmó en noviembre de 1981 con la constitución del Movimiento Nacionalista de Restauración, impulsado por el objetivo de intentar conformar una alternativa frente al hundimiento del Proceso. Con la llegada de Leopoldo Fortunato Galtieri al poder, al que en algún momento señalaron como posible caudillo de la “revolución nacional” que ellos impulsaban, sus críticas se centraron sobre todo en el accionar de Alemann al frente del ministerio de Economía: el título de la tapa del número de febrero de 1982 era “La Nación con Bandera de Remate” y la nota principal del número siguiente tenía como encabezamiento lo siguiente: “Hoy como Ayer: Para Evitar el Caos, la Revolución Restauradora”.

Pero los acontecimientos del 2 de abril, por supuesto, desataron el entusiasmo de quienes redactaban la revista: se estaba en presencia del “primer acto de política exterior trascendente”. Si en el momento de la invasión “el país se debatía en un círculo vicioso y letal de dictadura vergonzante, extinción económica, desborde partidocrático, penuria social y astenia colectiva”, ahora la situación se había modificado totalmente, hasta el punto de afirmar que:

“se puede decir, a la vista de este clima triunfante en que se mueve el gobierno y de las inmensas expectativas que ha abierto, que ha refundado el Proceso al otorgarle una nueva legitimidad, al proponerle nuevos objetivos. Es como si hubiera penetrado en el túnel del tiempo hasta regresar a seis años atrás”.

Pero junto a estas manifestaciones de apoyo apareció desde el primer momento la exigencia de transformar la “reconquista” en un acontecimiento irreversible: se trataba de “un gesto para siempre”. Toda negociación debía partir de los hechos consumados; la idea de la guerra estaba en su argumentación desde un primer momento: “la soberanía sobre las Malvinas no se puede perder

sino por la suerte desgraciada de las armas". Pero además, su discurso expresaba sin duda la voluntad de sectores del ejército fuertemente involucrados en el operativo, que sentían que su accionar estaba avalado por los hombres de armas y a partir de ellos por la sociedad; de allí que llegaron a afirmar que

“si en algún aciago vericuetto de las negociaciones se consumas alguna defección respecto del sagrado deber asumido. ¿la consentirían las legiones asentadas a pié firme en el archipiélago, desplegadas a lo largo de la costa patagónica, expectantes en todo el ámbito de la Nación, sobre sus tierras y sobre sus aguas y bajo su firmamento y junto a todas sus fronteras? La respuesta es **no** [en negrita en el original. J.S.]; ni esos soldados ni el pueblo todo que son y representan.

La clave de la interpretación de *Cabildo* de ese momento histórico residía en que se sentían los impulsores ideológicos de lo que había ocurrido y así lo proclamaban de manera explícita: “...como hecho político nos pertenece, porque aun sin haber ejercido nunca el poder hemos orientado a la historia hacia el gesto supremo del amor hecho locura en el desafío...”. Como consecuencia de esta posición, cualquier concesión a los partidos políticos era considerada un grave error, en tanto marchaba a contramano de sus objetivos “revolucionarios”: por eso, la convocatoria de los militares a los dirigentes políticos era duramente criticada:

¿Y qué es lo que vuelve a hacer [el gobierno. J.S.] en el umbral de su nueva aurora?

¡Se vuelve a equivocar! Llama a sus enemigos, incluso los más declarados y se complace en rodearse de una clase partidocrática que viene fracasando desde hace generaciones y que acompañó, provocó, alentó o aplaudió el fracaso del Proceso”.

La ocupación de las islas Malvinas, entonces, aparecía como la gran oportunidad de retomar el rumbo perdido de la “revolución nacionalista”, a partir de la gesta reivindicatoria más anhelada, que parecía contar con el apoyo de la sociedad.

Criterio, expresión en ese momento del catolicismo liberal, recibió la nueva etapa del Proceso encabezada por Galtieri con ciertas expectativas: si bien “el final de la presidencia Viola fue triste”, el juicio sobre el nuevo gobierno era relativamente positivo ya que afirmaban que “el gabinete ministerial es idóneo y experimentado en cuanto a las áreas críticas de economía y política exterior”. Sin embargo, aclaraban que comenzaba “una tercera etapa previsiblemente decisiva para conocer la aptitud del régimen militar para superar sus frustraciones y procurar su justificación política e histórica en orden a las condiciones del porvenir republicano”. En ese mismo editorial finalizaba con dureza:

“La experiencia dirá, pues, si el ejercicio acertado del poder sucede a tantos años de ineficacias injustificables, de claudicaciones nunca bien explicadas y del empleo errático del tiempo, como si la sociedad estuviese atada sin término a un régimen autoritario cuya naturaleza normal es transitoria y su objetivo racional es ordenar con prudencia las condiciones para la reorganización republicana de la nación”.

En las vísperas del 2 de abril, sin embargo, publicaba un durísimo editorial titulado “Sin aliento”, en el cual se reflexionaba sobre la sociedad argentina en términos críticos. Luego de varias consideraciones en las que se partía de la idea de no ocuparse del Estado y sus conflictos, sino del “hombre concreto”, se reclama de la sociedad “recobrar el aliento, volver a la templanza”. Las responsabilidades eran compartidas: “los gobernantes primero, pero también la sociedad, deben encontrar el camino del dominio moral”.

La ocupación de las islas se produjo cuando el primer número de abril estaba en prensa; no obstante, la trascendencia del hecho llevó a que incluyeran un comentario, titulado “Una jornada memorable”. En el mismo se afirma que “el gesto del 2 de abril se inscribe en la gesta de la emancipación nacional del poder colonial europeo”, pero también se manifiesta preocupación porque “dicho acto de fuerza constituye el primer paso de un proceso abierto a futuras acciones diplomáticas, económicas y –Dios no lo permita- bélicas, de resultado incierto”.

Lejos se está entonces de cualquier apelación belicista, pero se reclama que la ciudadanía actúe acorde con la significación del acontecimiento, “con disciplina y con confianza en quienes rigen los destinos de la Nación”.

Ya con más calma, en el número siguiente se realizaba un análisis ponderado de la situación, partiendo de que el derecho y la justicia internacional favorecerían a la Argentina. La fórmula para enfrentar la situación es clara, aunque difícil de concretar: “no debemos declinar nuestros derechos, ni tampoco abdicar nuestra vocación pacífica”. Al pasar revista al posicionamiento de las diferentes fuerzas internacionales, se manifiestan algunas de las inquietudes que genera un acontecimiento que desafía el equilibrio del poder mundial. Frente a la certeza de que Estados Unidos está en una encrucijada —“no nos puede perder como aliados en el Atlántico Sur, ni tampoco pueden abandonar a su principal amigo”-, el futuro que imaginan no les genera tranquilidad:

“Asusta por escalofriante el escenario de una Argentina abandonada por Estados Unidos y hostigada por el empecinamiento británico, poco menos que condenada a recibir el apoyo económico, militar y político de la Unión Soviética”.

En su defensa de las aspiraciones argentinas, el editorialista se preocupaba por destacar que los protagonistas eran los ciudadanos argentinos, una “sociedad abierta al mundo, la que exige que se le restituya una parte de su territorio”. Frente a las acusaciones de que se trataba de una operación guiada por los militares, enfatizan que “no es una aventura de dictadores sino un anhelo profundo de reconstrucción nacional el que inspira esta empresa”.

4) Frente a la guerra

La pendiente que condujo hacia la guerra estuvo alimentada por la dinámica política de la dictadura argentina, que mostró hasta qué punto desconocía la realidad internacional, y la voluntad belicista de Margaret Thatcher, que luego de las primeras tratativas y a la vista del lógico apoyo que recibió de Estados Unidos, encaró el conflicto con el objetivo claro de obtener un éxito total, fuera éste la

retirada de las tropas argentinas o una victoria militar completa.

El conflicto propiamente dicho se inició el 1 de mayo, y la prensa católica contempló esta nueva etapa con posiciones ya inequívocamente divergentes.

Desde *Cabildo* se saludaba con alborozo la nueva instancia: defendiendo la validez de toda la operación, y descontando el apoyo mayoritario de la población – “la Argentina sabe que está en guerra y se siente dichosa por ello”-, afirmaba que “los combatientes nunca pensaron en la negociación transaccional sino, sencillamente, en cumplir hasta el final su tarea específica”, por lo que, una vez que se intentó negociar salvando a la vez “el éxito, la paz y el honor”, la situación no puede tener otro desenlace: “queda librado el caso al crudo dictamen de la guerra”.

A la vista de que las negociaciones se estiraban excesivamente, los reclamos apuntaban a que se concluyeran las mismas: “¿Podrá ser nuestra diplomacia, como otras veces en nuestra historia, la que obligue a arriar las banderas?”.

La posibilidad de la guerra reforzaba la idea de aprovechar el momento para impulsar el afianzamiento de la nacionalidad sobre la base de la hegemonía del nacionalismo católico: la exaltación de la Nación se aprecia en este párrafo dramático: “Esta guerra es quizá nuestra última chance. Valdrá la pena morir por ella si nos purifica como Nación”.

La argumentación que explica esta apelación es que los hechos militares que se han producido en los últimos años –la guerra antisubversiva, el “Proceso de Reorganización Nacional”, los preparativos para el enfrentamiento con Chile y la guerra de las Malvinas- fueron desplegados por los hombres de armas sin atender a la retaguardia, esto es, a los grupos nacionalistas en condiciones de orientar la vida política en el rumbo correcto, es decir, “si se apela al concepto de Nación, en lugar del concepto de democracia electoralista”.

En las páginas de *Criterio* la visión del tema se había modificado sensiblemente: el análisis racional se torna aun más acentuado: en el largo editorial del número correspondiente al 13 de mayo se realizaba lo que denomina

un “mapa de comportamientos” de las partes en conflicto. En esa revisión, junto al tratamiento de la situación en Gran Bretaña y a la condena de la actuación de Estados Unidos y los países europeos, se realiza una evaluación crítica de la actuación del gobierno argentino en toda la operación:

“La reconquista de las Malvinas -se creyó- provocaría reclamos retóricos y algunas sanciones, pero no reacciones desproporcionadas de una Gran Bretaña asediada también ella- por la crisis económica y las fisuras del frente político interno”.

Asimismo, se pensaba que las excelentes relaciones existentes entre Reagan y Galtieri iban a dar como resultado que el gobierno norteamericano protestara por la invasión pero el cabo, “aceptara el hecho consumado”.

Por lo tanto, se planteaba la necesidad de modificar “profundamente” la política exterior argentina, incluyendo la posibilidad de una “revisión de las alianzas”, a la vista del comportamiento de los terceros países.

Sin embargo, lo más destacado del texto es la evaluación del presente, caracterizado por la existencia de una situación de guerra, y en este sentido se preocupa por puntualizar (por lo menos) tres elementos que considero importantes: 1) el gobierno argentino ha tomado una decisión política y militar irreversible; “la deliberación respecto de la misma (...) no es de este tiempo sino para el que sigue”; 2) “los argentinos están dispuestos a cumplir la decisión de defender las Malvinas, y entonces se trata de perseverar en la vía que se ha elegido”; 3) “la decisión exige que se acepte por anticipado, con un corazón leal, el fracaso eventual”.

En el editorial correspondiente al número siguiente, titulado “El combate por la justicia”, se iba más allá, argumentando a favor del derecho a la legítima defensa. De esta manera se buscaba justificar la situación de guerra en la que se hallaba inmerso el país, insistiendo que “la guerra es un mal que no hemos buscado sino que se nos ha impuesto. Lo que queremos es justicia y para ello recurrimos a la fuerza creyendo –equivocados o no- que era la *ultima ratio* para llamar la atención sobre nuestros derechos”. Sin embargo, se llamaba la atención

sobre los peligros de la manipulación de la guerra por parte del gobierno:

“Nos hallamos librando un combate moral, pero el principio de coherencia nos indica que si hoy defendemos la seguridad, la libertad y los derechos de la nación argentina, debemos sentirnos comprometidos para consolidar mañana la seguridad, la libertad y los derechos de los argentinos. Si esto no fuera el caso, si lo que estuviese en juego fuera al cabo una voluntad de dominio que quisiera cosechar la gloria que se sembró, los rasgos autoritarios no harán más que acentuarse bajo una máscara u otra”.

5) *La visita del Papa.*

Pocos días antes de producirse el desenlace del conflicto se produjo la sorprendente visita del papa Juan Pablo II a la República Argentina. La evaluación de ese acontecimiento por parte de la prensa católica fue sin duda dispar.

En el caso de *Cabildo*, la dura crítica que se formula –explicable desde las posiciones que sostenía la revista- se vio sin duda condicionada por el hecho de que el comentario apareció en el número siguiente a la derrota militar.

La definición es muy clara: no se trató de un viaje motivado por razones religiosas: “se trató más bien de una excursión con clara intención política, motivada por una preocupación política”. Plenamente enrolados en las posturas belicistas, que el Papa les viniera a hablar de paz no les resulta admisible:

“Un pueblo lanzado a una guerra y embriagado en la ilusión de la gloria nada necesita menos que le vengán a hablar de paz. Una paz alterada por un enfoque modernista que lo coloca como concepto, como valor y como anhelo en un rango supremo, convirtiéndola en un absoluto”.

Sin embargo, Juan Pablo II no es responsabilizado de lo ocurrido, los ataques van en otra dirección: el hecho de que en opinión de quienes hacen la revista la visita se realizó en un escenario caracterizado por un “vacío real” fue “un resultado impuesto por las circunstancias , por el espíritu de la época, incluso por la jerarquía de la Iglesia, que nunca llegó a solidarizarse plena y sinceramente con la causa de la reconquista del Atlántico Sur”.

En cambio, para *Criterio* las motivaciones del viaje son bien diferentes, las que se despliegan en un largo editorial publicado muy pocos días antes de la definición del conflicto.

Se trata, en principio, de destacar “el carácter religioso y no político de su viaje”, por lo que, para ellos, “Juan Pablo viene a *confirmar nuestra fe* [en bastardilla en el original. J.S.] en Cristo como Iglesia; ciertamente no viene a confirmar nuestros derechos sobre las Malvinas”. Esta definición, sin embargo, tiene para *Criterio* un significado político: “*Confirmarnos en la fe* significa recordarnos el universalismo para no caer en un nacionalismo xenófobo: el amor a la nación no está por encima de todo”.

Pero además, el Papa no viene sólo a eso, y nuevamente aquí nos encontramos ante una definición que va mucho más allá de las cuestiones dogmáticas: “viene incluso a *servir al mundo* para tutelar la paz y el bien común”. Esta afirmación implica que

“Probablemente quiera que los argentinos no nos aislemos del mundo y no nos sintamos abandonemos, sino que trabajemos con la esperanza puesta en ‘una solución justa y honrosa que ahorre derramamientos de sangre’”.

A su vez, le atribuyen a la visita de Juan Pablo II la posibilidad para los argentinos de alcanzar una serie de objetivos que engloban bajo el título general de la *conversión*:

“tenemos que hacer todo lo posible para que se firme el acuerdo con nuestros hermanos chilenos con respecto al conflicto del Beagle (...); tenemos que aceptar las visiones latinoamericanas, dejando motes y menosprecios raciales (...); tenemos que ser fermento de unidad dentro de nuestro país para vivir en un *estado de derecho* y superar el presente régimen militar (...); tenemos que suprimir de nuestro horizonte la venganza (...); tenemos que captar lo que significa la opción por los débiles, ahora que estamos haciendo la experiencia de estar ‘abajo’”.

Por lo tanto, no quedan dudas respecto a que para *Criterio* el saldo del viaje es positivo: “¡*Gracias Pedro!* Gracias, Juan Pablo II: tu visita te deja intacto en lo que eres: el poseedor de la mayor autoridad moral tutelar el bien común de la humanidad”. Pero lo más significativo es la apelación final: “con tu visita inspirada has manifestado que la Iglesia es libre y no se deja usar”.

Para reforzar esta visión del viaje del Papa, en el número siguiente se transcribieron los mensajes que pronunció en la Argentina.

6) *La derrota.*

Son conocidas las repercusiones de la derrota militar en la política; en pocas palabras, puso en marcha el proceso de derrumbe de la dictadura y aceleró el tránsito hacia la democracia. La caída del general Galtieri, considerado el principal responsable de todo lo ocurrido, fue seguida por la designación de Reynaldo Bignone, el último presidente del Proceso de Reorganización Nacional.

Para los nacionalistas católicos de *Cabildo*, el desastre sufrido por las fuerzas armadas argentinas fue la ocasión para desplegar una serie de argumentos conocidos: por una parte, la idea de que todo el proceso que se inició el 2 de abril fue apoyado por el conjunto del pueblo argentino: “ese fue el único acto nacional con auténtico asenso (es decir, asentimiento) y no mero consenso (es decir, consentimiento) realizado desde la fundación de la Patria”. Si bien reconocen que hubo debilidades, imprevisiones y errores graves, la guerra “constituye un acto de sumo arrojo moral e histórico que ha quebrado las muchas décadas de frívola mansedumbre que venía caracterizando nuestra política exterior”.

Por otra parte, existen responsables de la derrota, hasta el punto de llegar a decir que el país “nunca estuvo en guerra”. La idea es que “hubo como dos Argentinas: una combatiente, otra espectadora; una convencida, otra especuladora; una generosa, otra egoísta; una con sentido metafísico y religioso de la guerra, otra materialista y frívola. En esa responsabilidad estaban por supuesto incluidos los militares que dirigieron las operaciones, sobre las cuales lanzan las más duras acusaciones:

“En lo diplomático, nunca hubo decisión firme (...). En lo militar fue una guerra a ‘media máquina’. En lo político, el frente interno (la retaguardia psicológica) fue dejado en manos de publicitarios en vez de enfervorizar a la población consolidando sus más nobles ideales”.

Finalmente, aparece la interpretación de la derrota en clave de política internacional, se resume en un título: “Yalta Existe”, y una reflexión: “no era ni medianamente razonable, intentar siquiera la quiebra del rígido esquema de poder y sometimiento trazado para el universo mundo por Stalin y Roosevelt, en aquella ciudad de la Crimea sovietaizada, hace casi cuarenta años”.

La posición de la revista desde allí en adelante va a girar fundamentalmente alrededor de dos temas, en buena medida ligados entre sí: la lucha en contra de lo que denominan la “desmalvinización”, y la oposición a la restauración de las instituciones democráticas. En esa línea, la actuación posterior de la revista se orientará de manera clara hacia el apoyo a la oficialidad media disconforme con la gestión de la cúpula, que reconocía el liderazgo del coronel Muhamed Alí Seineldín, prólogo al papel de vocero del movimiento “carapintada” que cumplió en 1987.

Para *Criterio*, la derrota militar es la ocasión para hacer un balance de todo el operativo, pero también del conjunto de la gestión militar. En principio, señalan con claridad a los responsables: “los únicos en la decisión son los primeros en la responsabilidad. Quienes han querido, buscado y ocupado el poder, y quienes han empleado sus atributos en decisión solitaria, son solidarios en la responsabilidad”.

Esa responsabilidad parte ya del hecho de que la decisión de ocupar las islas se llevó a cabo sin conocer cuestiones casi elementales de política internacional, tema sobre el cual ya habían advertido: “los datos, los elementos indispensables para el análisis que propusimos entonces no eran un secreto de estado (...), eran conclusiones accesibles para quienes cumplieren los pasos racionales de toda decisión compleja, máxime si en ella se ponen en juego vidas humanas e intereses nacionales”.

Una vez señalados los principales responsables del desastre, el tema pasa

a ser la posguerra, y allí las recomendaciones apuntan a impulsar un futuro en el que pueda reimplantarse la república, a pesar de las posibilidades de continuidad y reforzamiento de un régimen autoritario que vislumbran como probable:

“Se trata de demostrar que si un escenario posible para el futuro mediato es la república, un escenario probable es un régimen fuertemente autoritario, si no media una transición relativamente rápida y clara pero conducida por el régimen ajustado a su naturaleza, precisamente transitoria”.

Estas disquisiciones los llevan a recordar el hecho de que en vísperas del golpe del 24 de marzo de 1976, *Criterio* se pronunció en contra de la “solución militar, en prédica, que sepamos, solitaria”. Entonces, sin adoptar una actitud contraria al estamento castrense, se sienten con autoridad como para exhortar a los militares que abandonen el poder impulsando la solución republicana:

“El mejor servicio que deben hacer los hombres de armas a quienes toca el gobierno de la nación, es posponer sus ambiciones de poder y prepara sus ejércitos para la República, no para la aventura ni para la satisfacción corporativa”.

7) Consideraciones finales.

Si bien no puede decirse de manera tan rotunda, como se afirmaba en el momento de los acontecimientos, que hubo un antes y un después en la República Argentina de los sucesos que se produjeron entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982, nadie pone en discusión que el retiro de los militares del poder político fue la consecuencia directa de la derrota experimentada frente a los ingleses. Preguntas del tipo de ¿qué hubiera ocurrido si la ocupación de las islas Malvinas no se hubiera producido, o si luego de la operación las tropas se retiraban forzando una negociación con Gran Bretaña?, llevan a afirmar de manera inequívoca que el escenario y el discurrir de los acontecimientos hubieran sido bien diferentes, a pesar de la situación crítica en la que ya se encontraban los hombres del Proceso, jaqueados por la crisis económica y por el progresivo despertar de la sociedad civil.

Ahora bien, ante la significación de lo ocurrido, la prensa en general se vio condicionada por lo menos por dos factores: por una parte, el hecho de que las Malvinas constituían una reivindicación nacional que la sociedad tenía incorporada desde hacía décadas y un operación dirigida hacia su recuperación sin duda iba a contar con apoyos masivos; por otra, los militares ejercieron una censura de prensa que impidió conocer tanto la marcha de los acontecimientos diplomáticos como la posterior evolución del conflicto bélico.

En ese escenario, los medios de prensa católicos estudiados manifestaron sus puntos de coincidencia y sus diferencias respecto del gobierno, de la marcha de los acontecimientos y del hecho mismo de que el contencioso terminara en un conflicto armado.

En la visión que defendía el nacionalismo católico de *Cabildo*, la situación era ideal para que el pueblo (lo que ellos entendían por pueblo) se encolumnara detrás de la operación de recuperación de las islas pero también en apoyo de la revolución que en la revista se venía impulsando desde mucho tiempo atrás, y que durante el período del gobierno militar había dado lugar a continuos reclamos en virtud de que la guerra antisubversiva que desplegaron los hombres del Proceso – objeto de caluroso apoyo- no fue acompañada de una política nacionalista en todos los terrenos. En la medida en que el gobierno encabezado por Galtieri llevó a cabo una operativo de tal significación, hubo un fuerte apoyo a su gestión, pero con la condición de que las islas no fueran devueltas; por esta razón, se desplegó un discurso en el que la guerra aparecía como el camino hacia la purificación de la nación. Producida la derrota, las culpas se descargaron sobre los militares que no se comprometieron realmente en la guerra, dirigiendo a un pueblo que (supuestamente) estaba dispuesto a sacrificarse en pos de la victoria, pero también sobre la clase política que, con su comportamiento ambiguo, fruto de los cálculos que siempre guían su accionar, no participó como debía del esfuerzo bélico. Inaccesibles al desaliento, su prédica posterior los transformó en militantes en contra de la restauración de las instituciones democráticas pero también en durísimos críticos de quienes, desde los sucesivos gobiernos del Proceso, defraudaron sus expectativas. La portada del número correspondiente a diciembre

de 1983, momento en que se iba a producir la asunción de Raúl Alfonsín, ayuda a comprender mucho más que cualquier elaboración analítica lo que se quiere afirmar respecto del nacionalismo católico: por debajo de la foto de Videla había un titular que decía “ESTE GRAN CULPABLE NO DEBE QUEDAR IMPUNE”. La estrechez de su mirada sobre el mundo, su incapacidad para participar en cualquier negociación, que necesariamente implicaba ceder algo en el logro de sus objetivos de máxima, los ubicó en una posición en la que su presencia sólo podía servir de sostén a grupos absolutamente minoritarios dispuestos a cuestionar la vigencia de las instituciones democráticas.

Por su parte, quienes publicaban *Criterio* se vieron sometidos a las tensiones que emergían de las contradicciones que existían entre su adhesión incondicional a la “causa Malvinas”, con la convicción de que un eventual éxito en la operación iba a fortalecer la posición política de los militares en su intento de perpetuarse en el poder, y también con el conocimiento de que la situación internacional no era precisamente favorable a las acciones iniciadas por el gobierno de Galtieri.

El análisis de su discurso muestra que manifestaron un apoyo inicial importante al operativo del 2 de abril, insistiendo en que se trataba de una reivindicación justa, apoyada por la abrumadora mayoría del país, pero progresivamente fueron advirtiendo respecto de las dificultades que implicaba el agravamiento del conflicto, hasta el punto de conducir a una guerra.

Ante el giro tomado por los acontecimientos, su posición experimentó modificaciones de importancia: si bien se seguía insistiendo en la validez de los reclamos argentinos respecto de las islas, comienzan a advertir sobre la posibilidad de una derrota militar, y una vez producidos los acontecimientos del 14 de junio se despegaron con energía del accionar del gobierno para reclamar el retorno a la democracia. Se trataba de echar un manto de olvido respecto de lo ocurrido, que sin embargo había contado inicialmente con su aval.